GEORGES BATAILLE

LA AMÉRICA DESAPARECIDA

Traducción de HUGO PEDEMONTE

Publicadas originalmente en los Cahiers de la République des Lettres, des Sciences et des Arts *(aunque sin fecha, suponemos que a fines de los años cuarenta), las siguientes páginas de Georges Bataille no han sido, hasta donde sabemos, recogidas en castellano. Escritas con una curiosa mezcla de fascinación y repulsión, se refieren fundamentalmente (su título es inexacto) a la antigua cultura mexicana y, sobre todo, a su relación con la muerte. Para Bataille, "entre los diversos pueblos indios de América, el azteca, cuya poderosa confederación se apoderó de casi todo el México actual durante el siglo XV, es no obstante el más vivo y el más seductor aún en violencia demente y en su actitud de sonámbulo".*

LA VIDA DE los pueblos civilizados de América antes de la llegada de Cristóbal Colón tiene para nosotros un carácter extraordinario, no sólo porque tanto el descubrimiento como la desaparición de dichos pueblos fueron instantáneos, sino también porque la demencia humana no ha llegado nunca a una excentricidad tan sangrienta como la suya: a esos crímenes continuos cometidos en pleno sol para la satisfacción exclusiva de pesadillas deificadas, de aterradores fantasmas. Las comidas caníbales de los sacerdotes, las ceremonias celebradas entre cadáveres y ríos de sangre evocan, más que una aventura histórica, los ciegos desenfrenos descriptos por el ilustre marqués de Sade.

Es cierto que esta observación concierne sobre todo a México. La imagen de Perú es tal vez la de un singular espejismo, una incandescencia de oro solar, un destello, una riqueza turbadora: pero la realidad no corresponde a estas sugestiones. La capital del imperio incaico, Cuzco, estaba situada sobre una elevada meseta al pie de una especie de acrópolis fortificada. El carácter de esa ciudad era de una grandeza pesada y masiva. Altas casas, construidas en enormes bloques de roca, sin ventanas al exterior ni adorno alguno, y techadas de paja, daban a las calles un aspecto bastante sórdido y triste. Los templos que dominaban los tejados eran de una arquitectura despojada. Sólo sus frontones estaban enteramente recubiertos por una capa de oro repujado. A esa presencia del oro hay que añadir la de las telas de colores brillantes con que se vestían los personajes elegantes y ricos. Pero nada lograba disipar la impresión de hurañía mediocre y, sobre todo, de embrutecedora mediocridad del conjunto.

Cuzco era en efecto uno de los Estados mejor regulados y mejor preparados para la administración que los hombres hayan constituido. Como consecuencia de importantes conquistas militares, posibles gracias a la meticulosa organización de un ejército enorme, el poder de los incas dominaba una considerable porción de la América del Sur: Ecuador, Perú, Bolivia y el norte de Argentina y de Chile. En ese dominio, al que se tenía acceso por diferentes rutas, un pueblo entero obedecía las órdenes de los funcionarios como se obedecen las de los oficiales en los cuarteles. Eran los funcionarios quienes decidían los matrimonios o quienes se encargaban de la repartición del trabajo. La tierra y las cosechas pertenecían al Estado. Las recreaciones se reducían a las fiestas religiosas celebradas por el Estado. En esa existencia sofocante todo estaba, en suma, previsto. Esa organización no debe ser confundida con la del actual comunismo: difería esencialmente de éste en que tenía por bases la herencia y la jerarquía de clases.

En tales condiciones, no hay que asombrarse de que sean relativamente muy pocos los rasgos distintivos brillantes —y dignos de ser consignados— de la civilización incaica. Hasta los horrores son en Cuzco poco llamativos. Se utilizaban cordeles para estrangular a las raras víctimas sacrificadas en los templos —en el del Sol por ejemplo, cuya estatua de oro macizo, fundida en cuanto se inició la conquista, sigue teniendo sin embargo un prestigio mágico. Las artes, aunque bastante brillantes, no presentan más que un interés de segundo orden: los tejidos, las jarras en forma de cabezas humanas o de animales son notables. Pero no es realmente entre los incas donde hay que buscar, en aquellas tierras, una producción verdaderamente interesante. En Tihuanaco, al norte de Bolivia, la famosa puerta del Sol ilustra en cambio la presencia de una arquitectura y de un arte prestigiosos que hay que situar en una época muy anterior. Algunas pieza o fragmentos de cerámica se emparientan por su estilo con esa puerta. Pero en la época de los incas propiamente dicha, son los pueblos de la costa, pertenecientes a una civilización más antigua, los que producen los objetos más curiosos.

Colombia, Ecuador, Panamá, las Antillas presentaban igualmente en tiempos de la conquista civilizaciones muy desarrolladas cuyo arte sigue asombrándonos. Más aún, hay que atribuir a los pueblos de esas regiones una parte muy importante de las estatuillas, de los rostros de sueño que sitúan al arte precolombino entre las preocupaciones actuales.

Es necesario, con todo, precisar inmediatamente que en la América desaparecida no hay nada que pueda ser comparado, en nuestra opinión, con lo producido por México, tierras en las que hay que establecer sin duda una distinción entre dos civilizaciones muy diferentes, la de los mayaquiché y la de los mexicanos propiamente dichos.

La civilización de los mayaquiché pasa en general por haber sido la más brillante y la más interesante de todas las de

América desaparecida. En efecto, sus producciones son probablemente las que más se acercan a aquellas que los arqueólogos califican de notables.

Se desarrolló, en esa época que se sitúa algunos siglos antes de la conquista española, en la región oriental de América Central y en el sur del México actual —y, más precisamente, en la península de Yucatán. Cuando los españoles llegaron estaba ya en plena decadencia.

El arte maya es indiscutiblemente más humano que cualquier otro de América. Aunque sea indudable que no haya tenido influencias, resulta difícil no compararlo con las artes contemporáneas del Extremo Oriente —el arte kmer por ejemplo, que tiene igualmente el carácter de una vegetación espesa y lujuriosa, y que se desarrolló por otra parte, como el maya, bajo el cielo de plomo de una región excesivamente cálida y malsana. Los bajorrelieves mayas representan a dioses de forma humana, aunque pesada y monstruosa, muy estilizada y sobre todo muy uniforme. Podría decirse que son muy decorativos. Formaban parte, en efecto, de conjuntos arquitectónicos bastante prestigiosos: los primeros que permitieron ver en las civilizaciones de América a rivales de las grandes civilizaciones clásicas. En Chichén Itzá, en Uxmal y en Palenque, se siguen descubriendo ruinas de templos y de palacios imponentes, en ocasiones ricamente trabajados. Por otra parte, se conoce bien a los pueblos que los construyeron, por sus mitos religiosos y su organización social. Su desarrollo tuvo sin duda una gran influencia y determinó en gran parte la civilización posterior de las altas mesetas; no por ello su arte deja de tener algo de nacido muerto, de sencillamente repelente a pesar de la perfección y de la riqueza del trabajo.

Si quiere uno respirar aire y su violencia, poesía y humor, tendrá que volverse hacia los pueblos del México central, que alcanzaron un alto grado de civilización poco antes de la conquista, es decir a lo largo del siglo XVI.

Los mexicanos con que se encontró Cortés no eran sin duda más que bárbaros recién cultivados. Provenientes del norte, donde llevaban la vida errabunda de los pieles rojas, ni siquiera asimilaron de manera brillante lo que heredaron de sus predecesores. Su sistema de escritura, por ejemplo, es análogo al de los mayas y sin embargo inferior. Poco importa: entre los diversos pueblos indios de América, el azteca, cuya poderosa confederación se apoderó de casi todo el México actual durante el siglo XV, es no obstante el más vivo y el más seductor aun en violencia demente y en su actitud de sonámbulo.

En general, los historiadores que se han ocupado de México pecan, hasta cierto punto, de incomprensión. Cuando toman en cuenta, por ejemplo, la forma literalmente extravagante en que los mexicanos representan a sus dioses, las explicaciones dadas son de una debilidad desalentadora.

"Cuando echa uno un vistazo a un manuscrito mexicano", dice Prescott, "se asombra al ver en él las más grotescas caricaturas del cuerpo humano, cabezas monstruosas, enormes, sobre cuerpecitos esmirriados, deformes, de contornos rígidos y angulosos; pero cuando lo ve más detenidamente, queda claro que aquello revela, más que un intento torpe de representar a la naturaleza, la intención de recurrir a símbolos convencionales para expresar una idea de manera más clara y más sorprendente. En forma semejante, las piezas que tienen un mismo valor en un juego de ajedrez tienen también la misma forma pero, en general, se parecen muy poco a los objetos que supuestamente representan."

Esta interpretación de las deformaciones horribles o grotescas que turbaron a Prescott también me parece insuficiente. Pero si nos remontamos a la época de la conquista española, damos con una explicación del punto en cuestión que es verdaderamente interesante. El monje Torquemada atribuye los horrores del arte mexicano al demonio que obsesionaba a los indios: "Las figuras de sus dioses", dice, "eran semejantes a las de sus almas debido al pecado en el que vivían continuamente".

Es evidente que se impone aquí una comparación entre la representación cristiana de los diablos y la representación mexicana de los dioses.

Los mexicanos eran probablemente tan religiosos como los españoles, pero mezclaban a la religión un sentimiento de horror, de terror, aliado a una especie de humor negro más espantoso todavía que el horror. La mayoría de sus dioses son feroces o extrañamente malignos. Tezcatlipoca parece experimentar un placer inexplicable en entregarse a ciertas "supercherías". Sus aventuras, contadas por el cronista español Sahagún, son el polo opuesto de la Leyenda dorada. A la miel cristiana se opone el áloe azteca; a la cura de los enfermos, las más siniestras bromas. Tezcatlipoca se pasea en medio de las multitudes retozando y bailando al son de un tambor; las multitudes danzan entonces en tropel y se precipitan absurdamente en abismos donde sus cuerpos aplastados se convierten en rocas. Otra "mala jugada" de este dios dado a la necromancia es la que Sahagún cuenta así: "Cayó una lluvia de piedras y, tras ellas, una enorme roca llamada *techcatl*. Desde entonces, una vieja india se puso a recorrer un lugar llamado *Chapultepec cuitlapilco* para vender pequeñas banderas de papel que ofrecía gritando: '¡Banderitas!...' Cuando alguien tomaba la resolución de morir, decía: 'Cómprenme una banderita'; y una vez que se la habían comprado acudía al lugar del *techcalt*, y allí lo mataban sin que a nadie se le ocurriera preguntarse: '¿Pero qué nos *sucede*?'. Y todos parecían como locos.

Al parecer, es evidente que ese tipo de farsas procuraba a los mexicanos un turbio placer. Y hasta es probable que estas catástrofes de pesadilla los hicieran reírse de un modo u otro. Esto nos lleva directamente a comprender alucinaciones tan delirantes como los dioses representados en los manuscritos. Las palabras "coco" o "enterrador" me parecen asociables a esos personajes violentos, afectos a gastar malas bromas siniestras, llenos de un humor maligno —como ese dios Quetzalcóatl, afecto a deslizarse desde lo más alto de las montañas sentado en una tablita...

Los demonios esculpidos de las iglesias de Europa podrían compararse con ellos (son presa, sin duda alguna, de la misma obsesión esencial) si tuvieran también el carácter poderoso, la grandeza de alma de los fantasmas aztecas, los más sangrientos que hayan poblado nunca las nubes terrestres.

Sangrientos, como se sabe, al pie de la letra. No hay entre ellos uno solo al que no hayan salpicado periódicamente de sangre humana el día de su fiesta. Las cifras citadas varían; se puede admitir, sin embargo, que el número de víctimas anuales llegaba por lo bajo a varios miles en la sola ciudad de México. El sacerdote hacía mantener a un hombre acostado con el vientre al aire, la región lumbar arqueada contra un apoyo de piedra, y le abría de arriba abajo el tronco

de un tajo violento, con un cuchillo de piedra brillante. Cortados así los huesos, metía ambas manos en aquella cavidad inundada por la sangre para aferrar el corazón y arrancarlo con igual violencia. La operación era ejecutada con una habilidad y una rapidez tales que aquella masa sangrante seguía palpitando orgánicamente durante algunos segundos encima de unas brasas encendidas. Después, arrojado por una escalera, el cadáver caía rodando hasta el último peldaño. Y finalmente, llegada la noche y una vez desollados, cortados en piezas y cocidos los cadáveres, los sacerdotes acudían a comérselos.

No siempre se contentaban éstos, por otra parte, con inundar de sangre sus propios cuerpos, los muros del templo, los ídolos, las flores brillantes que cubrían el altar; durante ciertos sacrificios que incluían el desollamiento inmediato del hombre inmolado, el exaltado sacerdote se cubría el rostro con la piel sangrante de aquel rostro y el cuerpo con piel de aquel cuerpo. Y cubierto por aquellas increíbles vestimentas, dedicaba una delirante plegaria a su dios.

Y hay que insistir aquí en precisar que aquellos horrores tenían también un aspecto asombrosamente feliz. México no era solamente un siempre empapado matadero de hombres; era también una ciudad rica, una verdadera Venecia con canales y pasarelas, bien decorados templos y, sobre todo, hermosos jardines llenos de flores. Las flores se cultivaban con pasión, aun en jardines flotantes. Se adornaban con ellas los altares. Antes de los sacrificios se hacía danzar a las víctimas que "llevaban puestos collares y guirnaldas de flores. Tenían también escudos floridos y carrizos perfumados que fumaban y olían alternativamente".

No es difícil imaginar las nubes de moscas que debían de arremolinarse en la sala de los sacrificios cuando corría por ella la sangre. Mirbeau —que imaginaba ya escenas parecidas cuando escribió *Le jardin des supplices*— decía que "en ese ambiente lleno de flores y perfumes aquello no era ni repugnante ni terrible".

Para los aztecas, la muerte no era nada. No sólo pedían a sus dioses que los ayudaran a recibir a la muerte con alegría, sino también que les permitieran encontrar en ella algún encanto y alguna dulzura. Deseaban ver a las espadas y las flechas tan apetecibles como a una golosina. Guerreros feroces, eran sin embargo tan sociables y afables como cualquier hombre, y les gustaba reunirse para beber y charlar. En sus banquetes, los aztecas acostumbraban embriagarse con alguno de los diversos estupefacientes de uso común en su sociedad.

Ese pueblo de extraordinario coraje parece haber tenido un gusto exasperante por la muerte. Se entregó a los españoles como poseído por una especie de locura hipnótica. La victoria de Cortés no se debe sólo a su fuerza; se debe sobre todo a los efectos de una verdadera seducción. Tal como si los aztecas hubieran comprendido vagamente que, una vez llegados a ese grado de violencia feliz, su única salida era —como para las víctimas con que apaciguaban a sus caprichosos dioses— una muerte súbita y aterradora.

Fue como si se hubieran propuesto servir hasta el final de "espectáculo" y de "teatro" a aquellos personajes de ánimo antojadizo, ser su "hazmerreír", su "diversión". Así concebían, en efecto, su extraña agitación. Extraña y precaria, ya que murieron tan bruscamente como insectos aplastados.